LA PROTESTA

AÑO XIX – No. 148 | Lima, Noviembre de 1930 | Precio 5 centavos

Reafirmación

Como un hálito de vida confortable, como un saludo a la Libertad soberana e indivisible del sér humano, como un leño más, arrojado al fuego sagrado de la Revolución en marcha, aparece nuevamente «La Protesta» después de un forzoso compás de espera que nos impuso no ya la tiranía fenecida, ante la cual nunca nos doblegamos los libertarios, sino la falta de recursos económicos.

«La Protesta» que fué en todo tiempo la palestra de todos los revolucionarios antiautoritarios del Perú; que preconizó y defendió todas las reivindicaciones económico-sociales de los hombres de trabajo; que pregonó la organización sindical del proletariado, orientando a éste hacia la consecución de su integral emancipación, mediante su propio esfuerzo, sin concomitancias con partido político alguno, sin contubernios con las castas religiosas: «La Protesta» que, desde su fundación tuvo una *filiación* ideológica y una *fe* inquebrantable, divulgando el excelso ideal de la Anarquía, continúa su interrumpida labor de propaganda y lucha.

Hoy, como ayer, propugnamos la organización sindicalista antipolítica de los trabajadores, porque estamos convencidos, aleccionados por la experiencia histórica, de que la *política* no es «el arte de gobernar a los pueblos», sino el *artificio* con que se embauca y seduce a las masas laboriosas; la experiencia nos demuestra que los políticos blancos, rojos o anaranjados, son unos farsantes que simulan, en el llano, ser los redentores del pueblo, pero una vez encumbrados en el Poder, oprimen y explotan a los productores, sosteniendo por la fuerza, irritantes privilegios de clase o de círculo.

Hoy, como ayer, nosotros propugnamos el racionalismo científico, la educación libertaria, a fin de que los hombres aprendan a conocerse y a gobernarse así mismos, purificando su mente y sus sentimientos con principios sanos e ideales nobles, arrojando a la sima del olvido, anacrónicas creencias y absurdos convencionalismos.

Una organización obrera y una cultura libertaria tal como la esbozamos lijeramente más arriba, son los medios para reconstruir la sociedad sobre bases de verdadera libertad y provechoso bienestar para toda la familia humana en igualdad de condiciones económicas: todos productores; en igualdad de derechos civiles: todos libres, respetándose así propio sin menoscabar la libertad de los demás: esto es la Anarquía.

¿Que esto es utópico? Sea: de utopías se alimentaron siempre las minorías revolucionarias, propulsores en todo tiempo del progreso humano, hasta que muchas utopías se convirtieron en realidad.

Preferimos que se nos llame *utópicos* porque sustentamos un ideal de redención humana como lo es el ideal anárquico, antes que sujetarnos a la realidad y amoldarnos a las circunstancias, empleando métodos y sistemas usados por los autoritarios enemigos de las clases sojuzgadas.

La realidad política de la burguesía, la realidad económica del capitalismo, la realidad moral de las religiones, como la realidad social de las dictaduras del proletario(¿?) y del fascismo, son para nosotros, oprobiosas realidades con las cuales no podemos estar conformes.

Dicho esto «La Protesta», vuelve a su puesto como un hálito de vida confortable, como un saludo a la Libertad soberana e indivisible del sér humano, como un leño más, arrojado al fuego sagrado de la Revolución en marcha.

Lima, noviembre de 1930.

¡Siempre adelante!

Seguimos siempre adelante, cayéndonos aquí, levantándonos allá, serenos o a trapezones, siempre en el camino de nuestros ideales.

En la cárcel, en la calle, en el trabajo, en cualquier parte, hacemos nuestra obra. Los verdugos pueden torturarnos, matarnos también si quieren, pero nada consiguen con la brutalidad o con los refinados medios de crueldad que han empleado o pueden emplear en adelante, para aplastar todo ideal de superación. Pretender ahogar por la fuerza el sentimiento de libertad es lo mismo que intentar detener la ascención del sol: todos los esfuerzos en ese sentido son estériles: a pesar de todo el sol



Cartel de hoy

El fraile, aliado de todas las tiranías, satisfecho de extorcionar al pueblo que trabaja y sufre las injusticias sociales, ríe cínicamente; su triunfo es el obscurantismo que siembra su religión.

Del momento

La ignominiosa tiranía leguiista ha caído cobardemente, cundiendo pavorosamente «el sálvese quien pueda» entre sus nefastos sostenedores.

La insurrección contra esa tiranía, iniciada en Arequipa, secundada en Lima y demás provincias del pais, ha terminado con un régimen que asoló con el dolor y la miseria a las masas populares, sembrando la orfandad en los hogares de los hombres libres y rebeldes; imponiendo con la prision, el destierro, la tortura y la muerte, la mordaza del silencio a quienes no se conformaban con esa tiranía, con ese gobierno nepótico que se distinguió por sus latrocinios, peculados, monopolios y concupiscencias, mientras abrumaba al pueblo trabajador con múltiples impuestos y gabelas, sometiéndolo con la fuerza policial, a la explotación y especulación del capitalismo.

La mordaza del silencio se impuso en el país como una lápida sepulcral: solo se oían las voces a veces siniestras, a veces grotescas, de los sayones y los espías que, como un ejército de lacayos batían palmas a los prohombres del leguiismo que, adulados y soberbios, no se hartaban en el festín de Baltazar. Y, como caporal de ese malón de genízaros y soplones, en el cual se empleaban hombres, mujeres y frailes y hasta niños, actuaba el Fernández Oliva, el Torquemada del leguiismo que se gozaba viendo torturar a sus víctimas.

Bueno es recordar que la siniestra tiranía de los políticos hambrientos que asaltaron el poder el 4 de julio de 1919, primero se cebó en nosotros los trabajadores rebeldes que propulsamos un movimiento de redención social, ya sobornando y alejando de nuestro medio, a algunos elementos que traicionaron las aspiraciones populares; ya desterrando a indómitos compañeros leales a sus ideas y principios; ya confinando en las islas San Lorenzo y «El Frontón» a otros tantos compañeros no menos irreductibles: coronando estos crímenes de lesa humanidad, con la destrucción de las asociaciones, bibliotecas e imprentas proletarias e impidiendo la circulación de los periódicos obreros de ideas renovadoras.

Cuando este régimen inquisitorial se desató contra nosotros los obreros del músculo y del pensamiento libertario, cercenándonos todos los derechos civiles y toda garantía, la *prensa seria*, los hombres de ideas y credos contrarios a los del proletariado emancipador, callaron o miraron con indiferencia, quizás si muchos aplaudieron tales atropellos, pues se trataba de gente de trabajo que luchaba por sus reivincaciones económico-sociales y por un orden social de verdadera justicia y bienestar para todos. ¡No pensaron que ese silencio, ese aplauso, esa indiferencia, daban pábulo para que, después, las sangrientas garras de la fenecida tiranía se clavaran despiadadamente sobre los hombres—pobres y ricos—amantes de las libertades públicas y del progreso humano.

La horda leguiista que ávida de riqueza y predominio, acaparó el poder, robó y despilfarró los tributos del pueblo, esquilmándolo hasta más no poder; fomentó el juego y otros vicios sociales a fin de sembrar, aún más, la abyección moral de las masas, colmando todo este estado de miseria y corrupción, la influencia enervante de la frailocracia que, alentados por el apoyo de la tiranía, extendían sus hábitos de oscurantismo y conformidad por todos los ámbitos de la república. La tiranía se había ensoberbecido en sus aspectos económico, político y religioso. Y, cuando los aires de la rebelión sacudieron los bastiones de esa horda, no hubo uno siquiera que defendiera, con hombría, la pitanza y el régimen que crearon en su exclusivo provecho personal. Se derrumbó cobardemente la tiranía que fué sanguinaria con trabajadores indefensos, fusilándolos en masa en Chicama, Ica, Puno, Ayacucho y otros pueblos, por ejercer el inalienable derecho de recurrir a la huelga por conseguir mejores medios de vida, o por protestar, airados, contra el abuso autoritario y las exacciones del gamonalismo.

Restablecidas, hoy, todas las libertades públicas, es necesario que todos los libertarios nos agrupemos estrechamente, ya sea por afinidad de temperamento, ya sea por comun parecer en los métodos y medios de divulgación y lucha idiológicos, a fin de cumplir eficientemente nuestra misión de própagandistas; es necesario inculcar y arraigar en la conciencia de todos los hombres, esencialmente en los trabajadores, el amor a la libertad, el amor a los derechos del hombre, a fin de que estos no sean conculcados tan fácil e impunemente.

La libertad del pensamiento, el derecho de asociación y reunión, la protesta, hablada o escrita, de quienes sufren vejámenes y opresión, son atributos esenciales de vida del sér humano y nadie, absolutamente nadie, puede cohibirlos o violarlos, sin que cometa un atentado de lesa civilización.

A nosotros los libertarios que obramos no por alcanzar provecho personal, ni mucho menos a favor de un partido político o un credo religioso, sino por un generoso ideal de redención social, nos corresponde la sagrada misión de luchar por la intangibilidad de la libertad integral del hombre.

se eleva alumbrando al mundo con sus resplandores.

Cada tendencia tiene su aurora, su cénit, su decadencia: después viene la noche anunciadora de un nuevo día.

Los pueblos se han acostumbrado tanto a la noche de la esclavitud, que se asustan de los resplandores del nuevo sol de libertad. Les pasa lo que a los lobos cuya naturaleza se ajusta mas a las sombras. Pero la naturaleza humana fue creada para la luz, para el día: si se trabaja de noche se arruina la salud, si se vive en la esclavitud se prostituye el corazón, el pensamiento y el organismo entero sufre: es por que hace falta la libertad.

Toda renovación se construye sobre las ruinas de una destrucción.

Sabemos pues, harto suficiente, que en este orden todo es refractario y hostil a nuestro ideal soñado. Sabemos bien que los hombres son actualmente, en su abrumadora mayoría, criaturas mezquinas, cobardes y serviles unos; solapados, aduladores y desleales otros; crueles, violentos despóticos los de más allá: seres negativos todos, que no contribuyen a ningún fin bueno, amplio, justiciero. Vemos demasiado bien que hoy triunfan solamente los más cínicos, malvados y sin escrúpulos, hundiéndose aplastados por la befa y el escarnio los hombres honrados, buenos y sinceros.

Sabemos todo esto por demás. Es en vano, pues, que los conservadores y los fatalistas enemigos de nuestra idealidad, nos señalen de continuo el cuadro lamentable de desolación que nos depara la sociedad presente, como es en vano que pretendan con horror abatir las alas de nuestro idealismo.

En una palabra: siempre....... luchemos y luchemos sin cesar; ¡Adelante pues!

C. Bellido García.

SOMOS REVOLUCIONARIOS

Porque creemos tener el derecho a evolucionar libremente y sin coacción para satisfacer nuestras necesidades económicas políticas y sociales. ¿Quien que tenga un poco de sentido común, podría aventurarse a negar que éstas necesidades no han sido holladas, desde siglos pretéritos, por la fraccion humana que arbitrariamente se erigió en casta de amos? Nadie. Absolutamente nadie. Siendo innegables estas necesidades, como derecho humano, hay que admitir que la lucha se hace inevitable. No por culpa de los que sufren en carne viva, los dolores sembrados por la infamia burguesa, que en éste caso sería el proletariado, no. La culpa la tiene, el egoísmo ancestral de la misma sociedad estatal, que ansiosa de seguir en su parapeto de harta comodidad, no quiere ceder un palmo......

Nosotros, los elementos carentes de toda justicia, no hemos hecho otra cosa, que señalar la causa del malestar.

Nuestra propaganda que ha ido cayendo como gota de agua e infiltrándose por las sisuras humanas, hasta llegar al corazón de la montaña social. Ahora, no podemos evitar que la montaña se derrumbe. Muchos filósofos y sociólogos, han hecho ver que la actual organizació n social era mala y si no se trató de enmendar rumbos, fué porque la obsesión de mandar, negó la razón: de allí que el proletariado convencido de sus deberes y derechos haya dicho: Basta señores! El Mundo no es vuestro, es de todos los hijos de Natura. Basta de privilegios. Como tal, pues, se enfila a conquistar su puesto en el banquete de la vida. Para ello, se abstiene de esperar la redencion extraña; se enfila por el sendero de su propio valor. Mucho ha aguardado de los «salvadores» y nada ha conseguido. Todos ellos llegaron al proletariado con diferencias de máscaras pero dentro de una misma estructura. la de la autoridad y la explotación. Y ante este pronunciamiento, hay una razón, que la optimisa, la descomposición económica que ocurre en el mundo. Las cataplasmas surgen a granel, pero el mal ya ha hecho crisis. Los médicos, están demás. El hambre, la opresión y la tiranía, son los caminos abiertos por la misma burguesía, por donde se encamina el proletariado, hacia la revolución social.

La descomposición económica la inspira, y la justicia la hará llegar. La hora que marca el reloj humano, es de gran espectación; como tal, impulsemos nuestros actos hacia ¡¡Adelante!!

Lima—Perú.

Así lo hicimos siempre, a pesar de la caida tiranía que nos acosó con prisiones, destierros y la amenaza constante: así lo haremos siempre: no en vano somos libertarios.

Compañeros: reorganización de fuerzas, coordinación de ideas y al trabajo fecundante: a la difusión de nuestros queridos ideales.

Las libertades públicas, las garantías sociales no se respetan si ellas no se arraigan como síntomas de salud y ansias de renovación en el espíritu de las masas; esas libertades y garantías son elementos de civilizacion que los revolucionarios de verdad, debemos inocular en la conciencia del pueblo.

Lima, noviembre de 1930.

Los Partidos Políticos

Sin temor a equivocarnos, poco, o más bien nada pueden esrar los trabajadores de los programas y ofrecimientos de los hombres que pretenden el poder, para después, una vez encumbrados por encima de los obreros, expoliar a estos hasta llegar al exterminio de sus pocas fuerzas.

Los trabajadores deben meditar en su situación presente, agobiados por el hambre y la miseria, vendidos casi como tristes parias o siervos.

Volvamos la vista al pasado y veremos todo; crímenes, miserias, ultrajes, velipendios; en fin, el egoismo de los hombres encaramados en el poder especulando con el esfuerzo ajeno, con ese producto de los que nada tienen y que todo lo producen; toda la riqueza del cósmos es creada con las manos callosas, el sudor y la sangre del proletariado, quien alquila sus fuerzas por un mísero salario que no alcanza para cubrir siquiera los principales medios de vida; siempre al hambre y en la miseria, sin importarles un comino a los señores de los millones; en cambio estos señores de toga y pechera blanca, todo lujo y hartazgo, con palacios y festines, carruajes y comodidades máximas, con opíparas comilonas, tienen la insultante mirada de desprecio para el pobre que perece aniquilado por la miseria y el egoismo de sus hambreadores.

Los trabajadores no deben fiar en las fascinadoras promesas de los partidos políticos, llámense burgueses o proletarios; oígamos al maestro Manuel González Prada: «Política significa poder», no nos detengamos en pensar siquiera en tal o cual señor que vaya al poder, con tales o cuales «leyes que siempre gravan más al que posee menos».

Los proletarios, frente al malestar social, tienen el camino a seguir «*La organización*, la organización libertaria, la agrupación de los hombres libres, el sindicato del acuerdo libre de toda traba, sin esa úkase de la Central que ordena y manda; tienen los trabajadores muchos puntos de que tratar; cuando un trabajador proponga o diga de la reforma de tal o cual ley, está en un grave error.

Los esplotados no precisamos más leyes: basta ya de tantas farsas y promesas.

Desde 1821 a 1930, tenemos para pensar en el sin número de leyes que se han dado.

Los partidos políticos no son ni serán la salvación del proletariado, aunque se digan benefactores ofreciendo al pueblo un Paraíso.

El «pueblo noble y Soberano» suelen decir siempre cuando en su provecho lo explotan los políticos; en cambio, cuando el explotado reclama o mejor dicho exije justicia se le moteja e insulta de «extraviados», «plebe» y «canalla» y sin razón de atendérsele siquiera: allí están las masacres de Caraballo, Puno, Huancané, Parcona y el sin número de abusos cometidos en distintos puntos. Frajelamientos, prisiones, torturas y deportaciones con el consiguiente abandono de nuestras familias e hijos, es la orden del día del programa de los señores políticos que ofrecen, y van al poder; todo farsa y engaño.

Proletarios, todos a «la organización sindical, como medio de lucha» que aprobaron los trabajadores en el primer congreso obrero que realizó en 1921. La Federación Obrera Regional Peruana» que a la vez desechó la política de todos los partidos.

Lima, nobiembre 5 de 1930.

J. del Campo.

Una Necesidad Urgente

LA LUCHA POR LA ORGANISACIÓN DEBE SER UNA PREOCUPACIÓN PERENNE Y CONSTANTE.

No hay nada que preocupe más, hoy, a los libertarios sinceros, que levantar los cuadros cindicales y revolucionarios.

Es esta una necesidad que no podemos menos que apoyar toda iniciativa que se haga en este sentido. Lo lamentable es la forma como se encara ésta. Los camaradas inician una campaña reorganizadora que solo dura dos o tres semanas y ahí se estancan otro tiempo, no menor nunca de unos meses.

Estas prácticas son malas, por que son energías perdidas.

La lucha por la organización debe ser una cosa perenne y constante. No podremos los liberta rios triunfar ampliamente, sino luchamos desde el pueblo que trabaja y sufre, a par con nosotros la explotación estatal y capitalista. Al sindicato se atrae al trabajador y allí se le educa, se le orienta en la lucha por la conquista de la libertad y el bienestar común.

Es por todo esto, que debemos los camaradas pensar más seriamente, trazarnos un plan, medir bien nuestras fuerzas y lanzarnos a la lucha de firme y dispuestos a triunfar.

Terminemos de una vez por todas con esta apatía que erróneamente se le atribuye al trabajador, y que no es más que la apatía de los hombres conscientes, que al primer golpe de la reacción se desanimaron. Surjamos pues, de nuevo, los militantes, dispuestos a dar a la causa proletaria todos los conocimientos de estas luchas.

Renato Kábegar.

PALABRAS DEL MAESTRO

Deben los obreros huir de la política como de algo pestidencial y encontrar todas sus fuerzas en sí mismos ¿qué más da que mande A o B, si siempre alguien ha de mandar? ¿Qué el uno es mejor que el otro? mentiras; los candidatos son como las doncellas; no se dan a prueba, se les conoce después, cuando ya el mal no tiene más remedio que el escándalo.

La política es buena para los burgueses, gente maleante, que todo lo cotiza según el alza o la baja del mercado, pero no para los trabajadores que bajo todos los regímenes no pueden mejorar de condición sino rebelándose.

M. González Prada.

"LA PROTESTA"

DIRECCION POSTAL-CASILLA 1181

Este órgano de los libetarios del Perú es tribuna de la Anarquía, por lo tanto, reclama el apoyo moral, el aporte intelectual, y la ayuda económica de todos los anarquistas de Lima y de provincias.

Los compañeros, los grupos, las asociaciones obreras, deben indicarnos los ejemplares que necesitan a fin de regularizar el tiraje.

«La Protesta» que, por su ética doctrinaria e ideas, jamás sirvió intereses bastardos y se sostuvo siempre con las erogaciones de los obreros y hombres libres, demanda de todos estos su cooperación eficaz.

El Sindicalismo Revolucionario

Llena de entusiasmo y de constancia fué siempre nuestra prédica por la organización sindicalista revolucionaria de los obreros, hasta que se desarrollaron y se fortelecieron algunas organizaciones gremiales que, con principios claros y definidos y con métodos de acción directa, diera vida pujante a la Federación Obrera Regional Peruana que, cual ninguna otra institución representativa, encaró, con coraje, todas las reivindicaciones económicas de los obreros, todas las protestas contra el abuso y el crimen autoritarios, así es como contra las exacciones municipales y estaduales que agoviaban al pueblo.

La F. O. R. P. fué un baluarte de defensa proletaria, fué también un plantel de cultura sociológica: ella encarnaba el espíritu emancipador de los obreros conscientes; en ella actuaban los que, desdeñando dádivas y posiciones de provecho personal, luchaban por el pan, la libertad y la Ciencia que, en el orden burgués, se les niega a los productores.

La F. O. R. P. levantó muy alto el lema: "la emancipación de los obreros tiene que ser obra de los obreros mismos", y, de acuerdo con sus postulados fué esencialmente antipolítica, contraria a todo partido político burgués u obrero, aunque estuvieran disfrazados de socialismo marxista.

La F. O. R. P. era la representación del verdadero sindicalismo revolucionario: cayó valientemente bajo la brutal represión de la tiranía de ayer: la mayoría de su consejo federal fué confinada en las islas San Lorenzo y el Frontón. y perseguidos sus demás militantes activos.

Después vino con la organización incolora de la Local de Lima, la desviación hacia el bolchevismo que infiltraran en el movimiento obrero, los intelectuales de la U. P. y ciertos obreros que, hipócritamente se llamaban sindicalistas neutros.

Mas no se han perdido las ideas arrojadas en el surco proletario: en el país hay obreros del campo, de la ciudad, de las minas y de los puertos que aún recuerdan a la F. O. R. P. y ofrecen su concurso para que se levante nuevamente.

Esta es la obra a emprender. Hay que levantar el genuino sindecalismo Revolucionario haciendo una intensa y extensa propaganda contra todos los políticos, contra todos los partidos con ansias de Poder.

Los obreros solos, mediante su organización, su solidaridad, su amplia educación y su consciente rebeldía, son capaces de conquistar todas las mejoras necesarias a su existencia, mientras llega el momento de hacer del sistema capitalista, una completa liquidación social, instaurando sobre sus escombros, la sociedad humana sin amos ni esclavos: todos hermanos en el trabajo y la libertad.

Para pensar

«Si en todos los países en que los derechos del hombre no son otra cosa que palabras vanas consignadas en inútiles y factuosas declaraciones, el pueclo saqueara algunos grandes almacenes, a cuyas puertas colgara a los acaparadores, se daría fin a los malversadores que colman de hambre y desesperación tantos millares de hombres y hacen pérecer de miseria a tantos otras.»

Marat.

Imp. Inambari 359—Teléfono 3601.